

Guerra y paz a fines de siglo

(Reflexión sobre la cultura de la paz)

MANUEL RAMÍREZ*

Parecería, mirándolo desde sus últimos años, que el siglo que pronto termina no está del todo satisfecho con las tristes aportaciones históricamente habidas. Dos espantosas guerras mundiales, holocausto, lanzamiento de bombas atómicas, decenios de guerra fría, sangrías por doquier durante los duros años sesenta por mor del proceso de descolonización, golpes militares en Hispanoamérica, historias nunca claras de desaparecidos y, en fin en nuestras cercanas carnes, terrible cuenta de muertos de la guerra civil. Parece que el siglo XX se quiere despedir casi como empezó. Han cambiado las armas y la potencia de las mismas. También los escenarios. Pero en poco o en nada han cambiado las actitudes y las falsas razones para que los hombres mueran. Casi al cerrar el siglo, parece insólito que sigan en pie los dos argumentos más fuertes que han llevado a terribles enfrentamientos: guerras de religión y guerras de raza. Disputas mediante cruzadas que hacen de un Dios o de una creencia motivo para matar a los adversarios y disputas mediante creencias de que la pertenencia a una etnia, raza, nación o tribu tiene como insoslayable consecuencia la eliminación del otro, del distinto. En raza o en credo. Da igual. Voraz en su insaciable apetito de sangre, el siglo, nuestro

* Catedrático de Derecho Político, Universidad de Zaragoza. Director de la Fundación de Estudios Políticos y Constitucionales "Lucas Mallada". Director del Centro Unesco Aragón.

siglo por antonomasia, muere sobre campos de muertos más o menos cercanos. Muertos que suelen esconder intereses materiales muy concretos.

Los avances tecnológicos han terminado sirviendo al espíritu bélico en mucha mayor medida que a las justas causas. El inmenso poder de los medios de difusión nos bombardea con escenas de guerra. Con niños abandonados y hambrientos. Con éxodos multitudinarios. Con explosiones de bombas. Con cifras de víctimas. Y, para colmo, cuando, ya a estas alturas, los científicos y estudiosos creían saciada la sed del nacionalismo contra las potencias colonizadoras de antaño, éste reverdece de nuevo, casi sin darnos cuenta, en contextos (el español, por desgracia, entre ellos) de democracias consolidadas. Acaso estemos ante el nuevo fantasma que recorre el siglo. Que quiere estar presente en las últimas horas del siglo, antes de que éste haga caer el telón de su historia.

Lo dicho no ha impedido conatos de esperanzas. Más o menos sólidas y duraderas o, por contra, prontamente desligadas por la vuelta a las armas. Pensemos en algunos casos.

Se acaba de firmar un plan de paz en el tema de Irlanda. El conflicto de Irlanda del Norte (Ulster) ha causado, hasta el momento, más de tres mil muertos y cerca de cuarenta mil heridos desde 1969. La conquista inglesa de Irlanda abre una situación de claro apartheid que acaso tenga su momento cumbre con el arrasamiento llevado a cabo por Cromwell a mitad del siglo XVII. El IRA, como brazo armado, nace ya en nuestro siglo, concretamente en 1919. Años más tarde, en 1937, Irlanda consigue independencia, dejando al Ulster bajo soberanía inglesa. El argumento religioso está en medio del conflicto. Los católicos del Ulster pasan a ser una minoría discriminada políticamente y, por ende, combativa.

Con el reciente acuerdo de paz, pendiente de ratificación cuando redacto estas líneas, lo que se establece es, por un lado, la creación de unos órganos o instituciones de composición compartida (Asamblea Autónoma, Consejo ministerial interfronterizo Norte-Sur, Consejo de las Islas Británicas con representantes de las Asambleas y creación de Comisiones para la solución de los conflictos pendientes, sobre todo el desarme de paramilitares, solución para los presos y cambios en la policía). Esto a nivel institucional. Algo que, visto desde nuestros lares, podría entenderse como una salida parecida a la estructuración de un Estado Autonomico. Pero únicamente a nivel orgánico. En el tema irlandés predominaba y predomina el elemento de escisión religiosa. Católicos frente a protestantes. Por cierto, un *cleavage* que en la España de nuestros días parece haber desaparecido. Nadie o casi nadie (y creo que mucho menos la Iglesia Católica) está en favor de las campañas de cruzadas religiosas. Piénsese, a título de ejemplo, el auténtico terremoto que en los años treinta originó la aprobación de una Ley del Divorcio por la Segunda República y cómo ahora, desde la no catolicidad de nuestra vigente democracia, no ha ocurrido absolutamente nada que pueda compararsele.

El problema no está en este nivel orgánico. Estará en dos frentes muy distintos. Primero, en la posibilidad de la autodeterminación, derecho que se ha reconocido con la condición de que su ejercicio sea practicado por ambas partes. La unión de Irlanda sólo será posible con el consentimiento de la mayoría del electorado norirlandés. Grave escollo, por razonable que parezca. Y estará, en segundo lugar, en la auténtica voluntad de paz. En el pronto florecimiento de una cultura de diálogo, convivencia y comprensión que deja al margen precisamente el empleo de la fuerza. La lucha armada. Y digo pronto porque, precisamente, lo que se impone es borrar, mediante un rápido proceso de educación o socialización en ideas de paz, muchos años de justamente todo lo contrario.

Sin querer cansar más al lector, al que supongo ya conocedor de estos eventos, sí destacar que a la letra escrita, tantas veces convertida en papel mojado a lo largo de todas las historias, ha de acompañar una insoslayable creación de cultura para la paz. Para acabar de conseguirla y, sobre todo, para hacerla duradera. Para mantenerla frente a los posibles fantasmas de la marcha atrás.

Si desplazamos la vista al sur, vuelven los ruidos de bombas.

Ante todo, el conflicto entre judíos y palestinos, sin duda originado por un proceso de mala descolonización. Desde la famosa Declaración Belfour (1917), sucesivas oleadas de inmigraciones judías fueron creando el ambiente propicio para la creación de un Estado judío, de acuerdo con la posición de Inglaterra y los posteriores apoyos de las comunidades hebreas de todo el mundo. Especialmente la de Estados Unidos. La ONU, en 1947 (Resolución 181 de su Asamblea General) y con la participación de Palestina, opta por una partición del terreno claramente favorable a judíos y árabes: la parte más fértil y con salida al mar. Israel, en estos años, va ampliando sus zonas de influencia y conquista, hasta que se origina la primera guerra árabe-israelí con entrada en la misma de ejércitos árabes procedentes de Siria, Egipto y Jordania. En realidad, todos ansiaban solventar sus propios problemas, salvo el de Palestina. Comienza la historia de sucesivos enfrentamientos, perdiendo los palestinos hasta los propios territorios asignados por Naciones Unidas. Nada menos que cuatro conflictos más en el bélico siglo que avanza: 1956, 1967, 1973, 1982. Estamos, lisa y llanamente, ante dos pueblos que no se entienden nunca. En 1970 es Jordania quien masacra a los refugiados palestinos (Septiembre Negro). En 1964, al igual que en el caso antes estudiado, se crea la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en la que Occidente se empeña en ver, durante años, una mera banda de terroristas. Ni los recientes acuerdos de Camp David, ni los de la famosa Conferencia de Madrid obtienen el menor eco en lo que a devolución de terrenos ocupados se refiere. No es posible la paz. Y, por ambas partes, la semilla del odio se incuba en la educación de los mismos niños.

Seguimos deslizando la vista, cada vez con más celeridad. El fundamentalismo árabe, de clara cuna iraní, llega ya, en nuestros días, a las puertas del nada democrático Reino de Marruecos. Pasando, claro está, por las terribles matanzas de Argelia. Se pretende una especie de retorno a las esencias culturales y religiosas árabes, frente a la impuesta modernización de las élites que apostaron un día por pautas de occidentalización. Dilema difícil de entender, pero que acaso esté ahí, en la historia de siempre, al menos desde los mismos argumentos de la negra versión de nuestro descubrimiento y conquista de América. Cada país exporta lo que tiene y mejor cree, sin olvidar el tributo de la colonización, que siempre existe. Y luego, con el tiempo, los conquistados reivindican, con palabras o con cañones, la vuelta a lo anterior. A lo que se dice destruido por el Occidente invasor.

Más lejos están los zapatistas y el Estado de Chiapas. Más cerca el pueblo, el pobre pueblo de Ruanda, invitado a presenciar la ejecución de 22 condenados por genocidio. Aquí está lo salvaje de la etnia, de la tribu, que es mucho mayor que lo salvaje de la raza, la religión o la cultura y que puede ser mezcla de todo a la vez. Los más de ochocientos mil muertos tutsis en poco más de tres meses pasarán a la historia que no olvidará la fecha del año 1994, mientras en el primer y en el segundo mundo domina ya claramente la tesis del pensamiento único y el neoliberalismo competitivo hace que todo parezca lejano. Muy lejano.

Incluso la guerra del Vietnam en el pasado. O las dos Coreas. O los caídos en la Plaza de Tian-Amén en la “modernizadora” China. Entra antes el capital que las elecciones. Quizá porque, a lo peor, resulta

cierta la tesis de aquellos pre-requisitos para la democracia que la Ciencia Política norteamericana considerara como ineludibles para que la democracia se instale y consolide.

Y, tras la caída del Muro de Berlín, la descomposición de algunas repúblicas falsamente federales. Aquellas que supervivían por la todopoderosa fuerza de un partido, de un único partido, que, a más de vanguardia de los burócratas y no del proletariado, como ya apuntara Weber, mantenía el rígido control frente a toda desviación nacionalista. Por ello, la descomposición de Yugoslavia con el triste espectáculo de una Unión Europea que ni quiere ni puede hacer lo que debió. Para el próximo siglo, junto al holocausto de los cuarenta, puede que leguemos el nombre de Sarajevo como triste ejemplo (habría otros que sumar, como Chechenia, pero ya vale) de lo que la cerrazón de los hombres y lo inmisericorde de las ideologías de nuestra hora son capaces de escribir en el último quinquenio del que ahora agoniza y, con más pena que gloria, entrega la antorcha de la historia.

Han sido muchos los años de imperio de una cultura bélica. Muchas las veces en que hemos leído u oído eso de que la violencia es la gran partera de la historia. Y muchas más, el eco del famoso adagio de que, si se quería la paz, había que preparar la guerra.

Cuanto hemos analizado en estas páginas nos debe llevar a un punto común: la necesidad de una cultura de paz y para la paz. Que no cae del cielo, sino que se socializa a través de las numerosas instancias por las que transitamos los humanos. Desde la cuna hasta la tumba. Ahí están escuela, sistema educativo, familia, medios de opinión y de conformación del parecer ciudadano, partidos, sindicatos, asociaciones. El etcétera no tendría fin.

Se trata de aprender, asimilar y practicar los valores de la paz. Que están muy estrechamente unidos a los de la democracia y a los de un mundo civilizado. Valores como el respeto al pluralismo (de la forma que sea), el respeto al otro y a lo otro, la convivencia con el conflicto sin caer en su exterminio, la permanente e incansable creencia en el diálogo, la asimilación de la relatividad de la verdad política en democracia, la inexistencia del enemigo, la participación y el control, etc. Todo eso que integra una cultura cívica de paz y es fruto de un largo aprendizaje. Precisamente el que, en vez de cerrazones, ha ido creando mentalidades democráticas de paz.

Es el único camino frente a los conflictos bélicos y la muerte de seres inocentes. Un camino que ha de comenzar por la educación y por la convicción ya que es en la mente de los hombres donde se originan los deseos de guerra. Camino que tiene bastante de esfuerzo y algún ápice de utopía. Pero que es necesario para legar a nuestros sucesores en el próximo siglo una luz de esperanza.

Lo contrario es la guerra o mera ausencia de guerra que no llega a ser paz. Precisamente porque es silencio. Miedo. Permítanme decirlo recurriendo a la conocida tragedia Antígona. Cuando Hemón discute con su padre, el duro rey Creonte, intentando hacerle ver, inútilmente, el parecer de los tebanos y la necesidad de oírles, cansado ya del empeño, le lanza este terrible reproche: “Tú has nacido para gobernar, tú sólo, una ciudad desierta”. También podía ser una ciudad de mudos o una ciudad de muertos. Nunca una ciudad en paz, que no es nunca paz de silencios.